



El río junto a los cedros frondosos

DANIEL FERREIRA

ILUSTRACIÓN ELIANA PINEDA

Había un viejo culto a los perros en Oaxaca: debías respetarlos en vida, porque al morir los perros serían tus guías por un sendero que conducía al otro lado del río Atoyac, territorio de los muertos. Si en toda tu vida no se te atravesaba un perro, entonces un xoloitzcuintle calvo, con solo una llamarada de pelo rojo entre las orejas, se encargaría de hacerte comparecer al templo de Coatlicue, diosa del vivir y del morir, madre de los dioses, la de la falda de serpientes.

—No deja de ser curioso que, en la mitología esenia (cfr. *Problemas, mitos y otras historias*, Doris Lessing, 1999), ver a la loba durante los sueños era también una anticipación de la muerte, y el cancerbero micénico y el Anubis egipcio confirmen que el perro está omnipresente en un arquetipo universal: siempre a resguardo o como guía del camino que lleva al inframundo—, dijo el profesor.

La mujer del puesto de mercado oyó atenta desde el mostrador mientras el profesor hablaba a un grupo de cinco estudiantes que tomaban cerveza antes de partir hacia la zona arqueológica. Era un pequeño pueblo con casas de paredes blancas y calles de tierra. En una esquina del zócalo, la mujer vendía tortillas azules, hongos de maíz, queso de hilachas, cecina, variedades de chile seco y cerveza en mesas al aire libre.

Luego el profesor les habló a sus alumnos del Psicopompos, ese ser que, en el universo mitológico, era el encargado de conducir las almas de los muertos al inframundo.

—¿Alguien leyó el diccionario de términos, o solo vinieron a México a comer tacos y beber chelas?— preguntó el profesor.

—La voz proviene del griego ψυχοπομπός (*psychopompós*), que se compone de *psyche*, “alma”, y *pompós*, “el que guía o conduce”.

—Más o menos. Son seres representados por animales, espíritus, ángeles o demonios según la época.

Luego el profesor impartió instrucciones precisas para emprender la expedición, le puso un límite al peso del equipaje a llevar y los citó para una hora más tarde en la misma plaza.

Cuando el profesor se quedó solo, mirando a los estudiantes que iban ingresando en la fachada de azulejos del hotel Zapata, la mujer dejó a la india joven en el mostrador y se decidió a interrumpir la lectura del profesor.

Iba vestida con una falda carmelita y blusa blanca sin cuello y llevaba la cabeza envuelta en una cofia de tela negra como si estuviera calva por quimio-terapias o como si la aquejara arrebato de frío. La mujer carraspeó y le dijo sin vacilación que tenía una historia al respecto.

—¿Al respecto de qué?

El profesor se quedó con un dedo sobre la línea puntuada del libro y miró sobre los lentes de aro a la mujer.

—De perros, figúrese.

El profesor cerró el libro, tomó la botella de cerveza, bebió un sorbo, pero nunca la invitó a sentarse. La mujer apretó la falda entre los muslos y se acodó sobre la mesa redonda.

Dijo entonces que un perro sin dueño apareció una vez en su carnicería a husmear entre los restos de hueso y carnaza esparcidos en el suelo. Ella siempre lo espantaba porque no le caían en gracia los perros desde que uno la mordió en la canilla cuando era pequeña y en el hospital le aplicaron cincuenta inyecciones en el ombligo. Los espantaba, además, porque un perro vagabundo en una carnicería o en una iglesia corren a cualquier comprador tiquismiquis.

Durante semanas tuvo que perseguir a escobazos a ese perro que parecía no tener dueño. Llegaba al andén del frente cuando la carne escurría sanguaza de los enganches, y miraba de lejos el goteo en un silencio hipnótico, pero después de un par de horas, cuando la carne de los ganchos dejaba de escurrir y estaba poniéndose ya denegrida, el perro se acercaba poco a poco a husmear en los coágulos del suelo hasta estar lamiendo del otro lado del mesón. La mujer entonces desenvainaba la escoba y el perro flaco y sarmentoso se alejaba de la carnicería con el rabo metido entre las patas.

Era un perro sin raza, motoso y de manchas negras sobre blanco, con orejas puntiagudas y rabo de zorro, parecido más a un pequeño coyote que a un perro doméstico. Durante meses lo espantó de su fama de carne, pero dejó de verlo en esa época en la cual tuvo que cerrar la carnicería porque mientras sacaba un rabo de vaca del cuarto frío sufrió un derrame cerebral que la mantuvo en estado de coma en la sala de un hospital de Oaxaca.

El estado de coma para ella fue como un sueño largo y extraño en que conocía paisajes, subía a montañas y se bañaba en pantanos a donde nunca había ido. En uno de esos sueños se encontró caminando por la orilla de un río caudaloso, demarcado por una hilera larga de cedros de cien metros de altura que se perdía en la distancia. La orilla contraria era una muralla verde como la selva Lacandona que esconde antiguas ciudades secretas en la espesura. Sabía que debía cruzar al otro lado, pero no encontraba un vado ni un puente, y el agua del río parecía profunda y peligrosa porque era verde oscura y no se podía ver el fondo. Entonces apareció el perro. Era el mismo visitante de la carnicería. Lo reconoció por sus parches de sarna y las manchas de negro sobre

blanco y las orejas puntiagudas y la cola de zorro. La miraba de lejos, sobre un promontorio de piedras que humeaban como si fueran volcánicas. Cuando ella se alegró de reconocerlo en un lugar tan extraño, hizo gestos y chistidos para llamarlo, porque nunca aprendió a silbar. El animal dejó que ella se acercara al promontorio, pero antes de que la mujer llegara a tocarlo, se echó a andar. Ella sintió la necesidad de seguir los pasos del perro que siempre mantuvo la distancia y descendió a la orilla del río y caminó entre los cedros de troncos greteados hasta un raudal en que el río se adelgazaba sobre una superficie de rocas sobresalientes antes de precipitarse acorralado por el declive de un cañón erosionado. El perro se deslizó sin problema saltando sobre los obstáculos de las rocas salientes y llegó al otro lado. Ella olvidó por un momento su temor a los perros, pasó sobre la cresta de las rocas, siguiendo los pasos del animal, pero al llegar al otro lado el perro se puso agresivo y empezó a ladrarle. Era un ladrido ronco y sin furia al comienzo, pero en el instante en que ella dio un paso adelante para acercarse y apaciguarlo y continuar por el camino hacia la selva, entonces el perro se volvió feral, enseñó los dientes, mordisqueó el aire, agresivo, y trató de alcanzar sus canillas. Estaba transfigurado en una bestia de ojos enrojecidos, con hilos de baba que chorreaban de sus colmillos mohosos. Parecía que una cadena invisible lo sujetara del cuello, y solo los pasos que dio atrás para cruzar las rocas de regreso a la otra orilla impidieron que la mordiera. La mujer lo miró desde el otro lado, espantada por el recuerdo terrorífico del perro que la mordió en la infancia. El perro siguió ladrando, pero ahora el sonido del agua amortiguaba la palpitación de los latidos. La mujer dio la espalda al perro y al río y regresó por el camino de los cedros frondosos.

Cuando despertó del estado de coma, dos semanas después, lo primero que hizo fue recordar ese sueño y enseguida comprendió que el perro del sueño era el mismo perro necio con cara de coyote que iba a husmear todos los días a su tienda de carne cruda. El mismo que ella espantaba a mandobles de escoba. Cuando volvió a abrir la carnicería, la mujer decidió dejar afuera, todos los días, una bandeja con comida por si el animal volvía a aparecer por allí, pero el perro nunca más volvió.

El profesor acabó de tomar la cerveza y miró la escudilla de aluminio puesta al frente de la sección de carne cruda. La mujer esperó con ilusión algún tipo de respuesta tranquilizadora de su parte, pero el profesor solo quiso saber el precio de una caja de cigarrillos Delicados y el de la cerveza Corona que acababa de beber.

—El perro es un espíritu asociado a la muerte en las pesadillas— dijo, indiferente, al pagar.

La mujer fue a la vitrina por los cigarrillos, facturó toda la cuenta y envió a la india a recibir el pago. El profesor salió y se dirigió a la fachada del hotel, donde ya lo saludaban sus estudiantes equipados con morrales y lentes oscuros. ■

Daniel Ferreira (Colombia)

(San Vicente de Chucurí, 21 de julio de 1981) escritor y bloguero. Autor de *La balada de los bandoleros baladías* (Premio Latinoamericano de novela Sergio Galindo 2010), *Viaje al interior de una gota de sangre* (Premio Latinoamericano de novela Alba Narrativa 2011). Con *Rebelión de los oficios inútiles* obtuvo el Premio Clarín de novela en Argentina. Los tres volúmenes pertenecen a Pentalogía de Colombia. Lleva el blog En Contra en *El Espectador*. <http://blogs.elespectador.com/en-contra/>.